

CRÍTICA DE LIBROS

JOSÉ M. GONZÁLEZ GARCÍA, *La diosa Fortuna. Metamorfosis de una metáfora política*, Mínimo Tránsito, Antonio Machado libros, Madrid, 2006. 493 páginas.

Ni ornamentos ni pretensiones de adulterar el lenguaje embelleciéndolo; las metáforas son la materialización o encarnación del sentido¹, la forja de un discurso que se reclina ante la creación imaginativa. George Santayana nos dice que “los hechos no eran nada hasta que se convirtieron en símbolos”² y con sus palabras nos invita a pensar desde la imaginación, “no por estrechas veredas, sino por campos abiertos, no como las fuentes que se reducen a canales angostos, sino como fluyen los ríos más caudalosos, por valles enteros...”³. La Teoría Política ha de recuperar las metáforas que han crecido en su seno y continuar con ellas su viaje. Esta tarea es mucho más sencilla tras la lectura de libros como el que aquí presentamos.

La trayectoria intelectual de José María González García parece haberse concebido para desembocar, sin estancarse, en esta obra. Entre sus primeras publicaciones se encuentra *La Sociología del Conocimiento, hoy* (1979), con la que parecía decantarse por dicha disciplina, a su vez hermana con la iconografía. Recordemos en este sentido que una de las figuras fundamentales de la Sociología del Conocimiento, Karl Mannheim, fue deudor de los marcos conceptuales de la Historia del Arte. Por otra parte, González

García ya había tratado con anterioridad, en “Metáforas del Poder” (1998), la relevancia de los *tropos* para la Teoría Política. Pero junto a estas tendencias en algunas de sus obras, el haberse dedicado a analizar la tradición más puramente burocrática y sus excesos —recordemos *La máquina burocrática. Afinidades electivas entre Max Weber y Kafka* (1989)—, seguramente también le ha conducido hacia este gran interés por la diosa más genuinamente discolora del Panteón.

Este libro nace de una convicción: “todas la dimensiones de la vida tienen un componente de azar no domesticable de manera racional” (p. 32). Por tanto, nuestro autor no cae en el error de reivindicar la Fortuna como terreno por conquistar, no entiende que de ella se pueda abusar cayendo o bien en actos de violencia de género o en un afán de domador. El valor de la Fortuna resulta transversal a multiplicidad de disciplinas y reflexiones. Por ello el libro requiere de tal extensión, así como de una estructura que guarde coherencia con distintas tradiciones y con las evoluciones que ha experimentado. González García reconoce la ambivalencia de los símbolos, su propensión a la metamorfosis. Al tratarse de una metáfora, la transformación no es autónoma, sino que res-

¹ José Luís RAMÍREZ, “El Retorno de la Retórica”: *Foro Interno*, n.º 1 (2001), p. 70.

² Citado en: Fernando FERNÁNDEZ-LLEBREZ, “La sustancia poética del pensamiento democrático”: *Revista de Estudios Constitucionales*, n.º 97 (1997), p. 304.

³ Marco Fabio QUINTILIANO, *Sobre la formación del orador (Institutionis Oratoriae)*, traducción de Alfonso Ortega Carmona, Publicaciones Universidad Pontificia, Salamanca, 1999, Tomo II, Libro V, Cap. XIV, p. 287.

ponde a un contexto social e histórico, a un discurso. El autor dilucida un trayecto histórico en el cual la diosa Fortuna se ve derrotada a veces, renacida otras y siempre alterada. Nuestro autor tiene un talante comprensivo; como sociólogo que es, sabe describir los contextos sociales e históricos, los discursos de los que emergen la Fortuna y sus diferentes vestimentas. Este talante liga bien con su erudición y requiere de un lector que se abra a la imaginación e intuición reflexivas. Su valor enciclopédico, su capacidad de síntesis, la forma en que quedan enlazados autores y estilos o tendencias, resulta una buena base para recrearnos y divertirnos mediante el alivio de nuestra curiosidad.

En algunos momentos González García parece un modisto jugueteón con intenciones de disfrazar a la diosa Fortuna. Podemos así encontrar una diosa que es única y también plural. Se establecen múltiples asociaciones entre Fortuna y otras divinidades. De todas ellas, la asociación con Venus resulta la homologación más sugerente. Remite al impulso incontrolado en el momento imprevisto. Se ha de advertir que la relaciones no son unívocas, pues a medida que el autor nos va describiendo y enseñado ejemplos iconográficos, o relatando ejemplos literarios, las relaciones inclinan la balanza hacia una diosa benigna que poco después puede ser maligna.

Como metáfora política, la metamorfosis de la diosa Fortuna oscila entre dos extremos. O una diosa triunfal o una diosa vencida, pero nunca muerta o desaparecida; como dice nuestro autor: “los viejos dioses nunca mueren” (p. 390). Será la inquietud, la inestabilidad, la sensibilidad y la percepción hacia el cambio lo que insufla o reste poder a la diosa Fortuna. El

proceso de racionalización iniciado en el Renacimiento y profundizado con la Ilustración será uno de los fenómenos que más incida en destronar a Fortuna. Pero volverá a sentirse encumbrada, así lo entiende nuestro autor, a partir de las teorías sociológicas del riesgo. Bajo este proceso no cabe sino una imagen bastante negativa del azar, que se convierte en el margen de desconcierto que queda ante nuestra capacidad de acción controlada. Esta imagen sería bastante pobre y defensiva, por ello González García no se queda atrincherado en ella. Esto significaría asimilar el antiguo aserto de Juvenal según el cual es la ignorancia de los seres humanos la que convierte a la Fortuna en diosa y la sitúa en el cielo (p. 177).

Unos ejemplos de la riqueza de matices que González García aprecia en la Fortuna se encuentran en el capítulo que dedica a su transformación en la Némesis o diosa de la Justicia o, también, en el epígrafe dedicado a la Fortuna moral. En ambos apartados la diosa Fortuna se nos muestra en ámbitos que podríamos pensar son inusuales para ella. A la hora de poner en contacto a la Fortuna y la Justicia nuestro autor acude a Jon Elster, entre otros, para remitirnos a la falsa omnipotencia de la razón. Elster articula un conjunto de preceptos en los cuales el azar es el elemento más “razonable” al que acudir para elaborar un buen juicio. Pero aún más destacable es la inclusión de la diosa Fortuna en el ámbito de la Teoría Ética. Es toda una provocación introducirla aquí cuando gran parte de nuestras instituciones morales se han construido sobre una concepción del Yo inmune al exterior. Recordemos, a tal efecto, el magisterio de Immanuel Kant con su voluntad ajena a toda

influencia de los acontecimientos externos. González García se apoya en dos autores como Bernard Williams y Thomas Nagel para establecer esta inclusión. Algo que, tanto en este caso como en el anterior, se hace de la manera más respetuosa hacia Fortuna, es decir: evitando una consideración intrusa de ella y sin apostar por su expulsión.

El lector encontrará conmoción entre las páginas de este libro. Gran parte de su último capítulo, dedicado al hospedaje de Fortuna en los campos de concentración, nos inquieta con los relatos y confesiones de tres testigos de este incómodo espacio político de la Modernidad. Los relatos de Imre Kertész, Jorge Semprún y Primo Levi nos cuentan cómo estuvieron sus vidas y sus muertes en manos de esta diosa. Estremece pensar que todo un proceso de racionalización guiado por la barbarie y en pos del exterminio termine aniquilando una vida o excluyendo de la muerte a un individuo porque entre el proceso (asesinato) y el individuo (víctima) medien las circunstancias que se encuentran al albedrío del azar.

González García destila una gran sensibilidad, y así es capaz de apreciar aspectos que nos aportan una sensación especial respecto a ciertas instituciones sobre las cuales es necesario reflexionar con continuidad para no dejarlas anquilosadas. Este es el caso del Amor, la Sexualidad o el Matrimonio. Del Amor destaca su núcleo de contingencia. De la Sexualidad, recurriendo a Max Weber, nos ofrece una descripción en la cual prima su esencia in-pautada, su reconocimiento como un ámbito “de liberación intramundana frente a un mundo cada vez más racionalizado y administrado burocráticamente” (p. 334). Del Matrimo-

nio, en último lugar, aprecia que “ha dejado de ser una forma de domesticar el amor” (p. 335).

Un aspecto teórico controvertido es el peligro que el autor reconoce a la hora de confundir las metáforas con la realidad, como si de una confusión entre lenguaje y vida real se tratase (p. 452). Este riesgo no es achacable al *tropo* de la metáfora. Ésta no genera confusión *per se*, ni adultera; la metáfora es una relación descubierta con la imaginación y sólo en la mala intención de tergiversar se encuentra tal peligro. Se encontrará una metáfora perversa cuando el discurso se aleje del buen juicio. La figura retórica, la metáfora, es noble por su inclusión de la imaginación; lo innoble se encuentra en el lenguaraz que la falsea, haciendo de la retórica un uso indebido en el cual no se encarna lo bueno. Esto parece no compartirlo nuestro autor, aunque podemos entender que su sentencia está dirigida a advertir el uso inapropiado de las metáforas que se hace habitualmente.

Hay otro peligro reconocido por González García, esta vez a nuestro entender de forma pertinente. Lo reconoce al final de la obra, en el último párrafo, y se desprende de un lúcido diálogo de Don Quijote con Sancho Panza. El peligro lo entrañaría el uso de la Fortuna como fórmula de autoengaño. Apela así el autor a la responsabilidad, a la honradez y a la sinceridad frente a la creencia en la diosa como chivo expiatorio para “lo que es, en realidad, fruto de nuestras decisiones erróneas” (p. 493).

Con esta obra nos planteamos hasta qué punto el estudio de las metamorfosis de una metáfora política no es, en realidad, más que el estudio *genealógico* de los valores, tal y como ya hiciera Friedrich Nietzsche. Es decir, como nos demuestra

este libro, las distintas transformaciones están ligadas a diversas concepciones del azar, considerándose éste finalmente como un valor.

Le añade atractivo a este libro la cuidada edición que lo acoge. El texto se ve complementado por distintas ilustraciones, algunas de ellas en color y en papel satinado. Éstas nos permiten aplicar, mediante la observación, el bagaje iconográfico que el autor nos va ofreciendo. Si bien las descripciones y los análisis de González García están marcados por un estilo afable que aún siendo erudito no cae en la pretenciosidad, la presentación de las ilustraciones permite recrearnos y disfrutar.

El equivalente a las ilustraciones, para los capítulos destinados a la Fortuna en la tradición literaria y en la tradición filosófica, son las citas textuales. Aunque en este

caso carecemos de una imagen global del hipotexto sobre el cual se construye el trabajo interpretativo de nuestro autor, los fragmentos quedan bien intercalados y no se aprecian incoherencias. Si bien, esto no restringe que se puedan obtener interpretaciones diferentes al acudir directamente a los autores y las obras interpretadas.

En resumen, este libro nos desvela lo que el autor denomina “metáforas muertas” o “metáforas dormidas”, es decir, “palabras cuyo sentido metafórico ya no resulta evidente para el hablante” (p. 427). Y nos invita a pensar sobre una cuestión cuya respuesta reside en el propio individuo: “¿Con qué grado de intervención de la fortuna podemos y debemos llevar una vida auténticamente humana?” (p. 337).

JAVIER VEGA GÓMEZ